3.ª ENTREGA — SEPTIEMBRE DE 1899

★ BIBLIOTECA ESPIRITISTA ★

PUBLICADA POR LA REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS DE BARCELONA

OBRAS EN PUBLICACIÓN

59

LA CIENCIA ESPÍRITA (ESTUDIOS ESPIRITISTAS)

POR D. MANUEL SANZ BENITO

Doctor en Filosofía y Letras y ex-Catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona

CON UN PRÓLOGO POR **El Vizconde de Torres-Solanot**

* * *

EL INFIERNO Ó LA BARQUERA DEL JÚCAR

LEYENDA ESPIRITISTA obtenida medianímicamente en el «Grupo LA PAZ», de Barcelona, bajo la dirección de su fundador

D. José M.ª Fernández-Colavida

(25 Julio á 30 Agosto 1870)

* * *

HISTORIA CRÍTICA DEL GNOSTICISMO

Y DE SU INFLUENCIA SOBRE LAS SECTAS RELIGIOSAS Y FILOSÓFICAS DE LOS SEIS PRIMEROS SIGLOS DE LA ERA CRISTIANA

POR M. JACQUES WATTER, Inspector general de la Universidad de Francia

Obra premiada por la Real Academia de Inscripciones y Bellas Letras.

FRAGMENTOS DE TRADUCCIÓN LIBRE

POR D. MANUEL NAVARRO MURILLO

OCTUBRE 1899

* * *

UNA EXCURSIÓN POR EL INFINITO

VIVIR * MORIR * RENACER

POR ED. GRIMARD

VERSIÓN ESPAÑOLA POR D. JUAN JUSTE

Periodista, exFarmacéutico militar y Socio de mérito de la Real Económica de Amigos del País.

(Véanse las condiciones al dorso)

CONDICIONES

La **Biblioteca Espiritista** publica cuatro pliegos al mes, correspondientes á otras tantas obras doctrinales, científicas, de literatura espírita, medianímicas, de magnetismo, hipnotismo, ciencias ocultas, etc., etc., alternando las de autores españoles con las más notables que se publiquen en el extranjero.

SUSCRIPCIÓN Á LA BIBLIOTECA: 5 PESETAS AL AÑO

SUSCRIPCIÓN Á LA REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS Y Á LA BIBLIOTECA ESPIRITISTA

9 pesetas

Extranjero: 15 francos.

OBRAS EN PREPARACIÓN

Los grandes misterios,
POR EUGENIO NUS.

La Médium de las Flores,
POR EL VIZCONDE DE TORRES-SOLANOT.

La Cristiada,
DICTADO MEDIANÍMICO OBTENIDO EN EL «GRUPO LA PAZ.»

Lenguaje de redención, novela espiritista
POR D. MIGUEL GIMENO EITO.

Introducción al Estudio del Espiritismo,
por la Redacción de la REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

Las leyes de la vida, segunda parte de LA NUEVA DOCTRINA,
POR ROGERIO WALT.

Y otras que se anunciarán en los siguientes cuadernos.

—María, confieso que mi debilidad pudo ser motivo para pretender que de aquí te arrojasen; en este instante te ruego que me perdones. Yo no te conocía, y no teniendo vínculos que á ti me ligaran, no cuidé más que de mi interés: ahora que yo te he sido franco, como nunca lo fuí, dime tú también del mismo modo si eres ó no hechicera.

—¿Crees tú en la existencia de ellas?

—No; pero al oirte á ti lo aseguraría.

—Gregorio, si continúas siendo dócil; si tu amistad, de hoy en adelante, es cierta, ocasiones tendremos de hablar de esto para tu bien; por lo tanto, bástete saber que soy tu amiga, más aún: soy tu hermana... Gente veo que viene por el camino; voyme á la barca; otro día que vuelvas hablaremos, si estás más sereno; entretanto suspende tu juicio y haz las limosnas que te encargué. Yo me retiro, que allí me llama mi obligación.

Confuso y aturdido el guardabosque, á poco de haber desaparecido la joven, cogió la res por él muerta, echósela á la espalda y emprendió el camino hacia el lugar, diciendo:

—¡Dios me asista! ¡Esta mujer es el diablo!

III

Una visita inesperada

Había pasado tiempo suficiente para que entre María y Gregorio se hubiesen estrechado las relaciones, en lo que se refiere á los actos de la vida material y legítimos, habiendo hecho una alianza mutua para protegerse ambos: María para tener un amigo y defensor en incidentes inesperados, y Gregorio para tener quien cuidase de las operaciones domésticas; pues, como se sabe, solos ambos, necesitaban ayudarse recíprocamente, sin perjuicio de que el guardabosque, sin abandonar sus avaros intentos, se reservase, ocultando á María, á pesar de ser su consejera, sus manejos y sus cálculos.

Gregorio, con objeto de que el público no observase la explotación fraudulenta del bosque, se había instalado en una de las habitaciones del molino que acababa de construirse para la mejora de la finca. Había instado muchas veces á su amiga que pasara á habitar en el molino; pero

ella jamás consintió, no tanto por temor de dar pábulo á las hablillas del vulgo, sino por no separarse del lugar donde yacía su padre.

Ambos se veían á las horas en que la joven disponía la comida para llevársela.

En estos instantes acercábase Gregorio á la choza de María con una percha llena de piezas de caza. Al verle entrar así, díjole la joven:

—Bien provisto llegas, Gregorio.

—Sin embargo, traigo más hambre que mi perro.

—Pues todo está listo; no hay más que sentarte, y puedes satisfacer el apetito.

Gregorio, después de haber colgado su morral y su percha y puesto en un rincón de la choza su escopeta, sentóse frotándose las manos, mientras Prit giraba dando brincos alternativamente al rededor de su amo y de María.

—Gregorio—preguntó ésta poco después:—¿y adónde vas tan cargado?

—Si lo dices por la caza, la llevo á casa del señor cura; hoy deben llegar los amos, como ya te anuncié, y quiero presentarles este agasajo.

—¿Hoy llegan, y van á casa del señor cura? ¿No me habías dicho que irían al molino?

—Sí; pero como la señora Condesa viene enferma, quiere descansar en el pueblo antes de subir á estos vericuetos; entretanto, se dará la última mano de ornato á las habitaciones que han de ocupar, pues es preciso que sepas que la señora Condesa no se hospeda así como quiera.

—Ya lo presumo. ¡Una señora de tantas campanillas!...

—Y por cierto—interrumpió Gregorio—que me harías un bien en dejar tu repugnancia y venir á ayudarme en estas últimas operaciones, y de paso verías cómo está aquello, pues para eso de adornar gabinetes me pinto solo. ¿Creerías que yo nací para tapicero?

—¡Qué sé yo!

—Conque, vamos, ¿te decides?

—De ningún modo.

—Pues, hija, muchas gracias; no comprendo ni se puede explicar tu oposición á ir al molino.

—Pues es muy sencillo; según acabas de decirme, aquello es muy bueno y se está allí muy bien.

—Es verdad; pero no comprendo...

—¿No lo entiendes?

—No comprendo que por bueno lo deseches.

—Si tú recordaras que á lo bueno se acostumbra uno con facilidad, deducirás que tal vez el molino me hiciera olvidar mi choza.

—¿Temores de perder esto por aquello? No tendría inconveniente en sentirlos.

—Tú sí, pero yo no.

—No te esfuerces, lo creo; pues quien recibe esa arca de su padre, y después de tanto tiempo, y siendo mujer por añadidura, no ha sentido el deseo de conocer lo que hay dentro, claro está que tiene embotado el sentimiento.

—Mira lo que son las cosas: mis sentimientos no los puedes tú apreciar; para ello sería necesario que fueses de mi misma condición.

—¡Dios me libre!

—¿Ahí estamos?

—¿Cómo quieres que yo me conforme á que mi pellejo se transforme en corcho de lo que el tuyo debe ser?

María no pudo reprimir su hilaridad, y prorrumpió en una carcajada, que hizo exclamar á Gregorio:

—¡Cómo te ríes! ¿Parece que he acertado? ¿No es de corcho tu pellejo, por lo menos, cuando en toda tu vida no has tenido un dolor de cabeza, cuando no sientes el frío ni el calor, cuando ni trabajos ni placeres te hacen suspirar y estás siempre tranquila y serena, dispuesta á afrontar todas las eventualidades? Sólo así, estando forrada como el alcornoque, puede tenerse la tranquilidad y la confianza que en ti veo.

—¿Tan rudo es mi exterior?

—¿Porque digo que es de corcho? No, niña; es un corcho tan fino, que su suavidad la envidia la misma seda.

—Lisonjero está el señor guardabosque.

—Usted perdone, señora barquera; pero es justicia...

—Muchas gracias.

Con estas palabras dió María por terminada la conversación.

Comprendiólo así el guardabosque, y se dispuso á partir, murmurando para sí:

—Me parece que se ha enfadado; estas mujeres consien-

ten en ser hechiceras, pero feas nunca; ya le quitaré el mal humor cuando vuelva.

Y añadió en voz alta, después de haber aprestado sus útiles de caza:

—Ea, niña, hasta la vuelta; Dios te guarde.

—Adiós.

Gregorio, para acortar camino, emprendió su marcha por una senda sólo de él conocida. Al llegar al pueblo, se encontró con todo el tren de viaje de la señora Condesa.

Dirigióse entonces á la casa parroquial; subió las escaleras con bastante ligereza, y se fué hacia el despacho del cura, al que encontró absorbido en los rezos de su breviario.

La voz del guardabosque sacó al párroco de su meditación.

—Dios os guarde, Padre.

El cura levantó la cabeza, y mirando por encima de sus anteojos, contestó:

—Hola, Gregorio; ya sabrás la llegada de la señora Condesa.

—Lo he presumido, al ver los carros que han conducido el equipaje.

—¿Cómo se halla la señora?

—¡Muy mal, hijo mío! Apenas subió á la cámara, que ya le teníamos preparada, creí que se quedaba entre mis brazos. ¡Dios tenga compasión de ella!, pues la pobre señora sufre mucho, muchísimo, Gregorio.

—¡Sí que es lástima! Confieso á usted, Padre, que la muerte de la señora (Dios no lo permita) sería para mí la pérdida de un tesoro... Pero ¿qué tiene?

—No lo sabe ningún médico. Creí que el señor Conde, aunque ocultándolo á su buena madre, no ignoraría la dolencia; pero tampoco la sabe.

—¿Y el señor Conde, cómo está?

—Puedes figurarte; aunque bien de salud, muy afligido por la dolencia de su madre.

—Siempre tan gallardo mozo, ¿verdad? ¿No podré verles, señor cura?

—Sí, hijo mío; lo que hay es que tienes que esperar á que sepas si te reciben, pues me dijeron que querían descansar un rato. Y es ya hora, á mi juicio, que deben tomar algún alimento.

—Si duermen, Padre, no les despierte usted. El señor Conde se incomoda por nada, y yo estoy muy lejos de querer provocar su enojo.

—No, no, ya es hora—dijo el cura, dirigiéndose á las habitaciones interiores.

Gregorio dejó los adminículos de caza, con su sombrero, en un rincón del despacho, y comenzó á limpiarse el polvo con un pañuelo, por si los señores tenían á bien recibirle.

Al poco rato apareció el cura, diciéndole:

—Puedes pasar.

Gregorio, con paso lento y mesurado, atravesó el dintel de la puerta. Una vez allí, se inclinó profundamente y esperó oir la voz de sus amos.

La Condesa estaba reclinada, entre anchos almohadones, en un sofá, y en un sillón inmediato, apoyándose en los almohadones de su madre, estaba el joven Conde envuelto en una bata, con cuyos cordones jugaba.

—Adelante, Gregorio—dijo el Conde, después de haberle mirado breves instantes.

Adelantóse el guardabosque hasta una distancia respetuosa, y permaneció fijo como un recluta.

—Dios os guarde, señor—dijo.—Y volviendo la vista á la Condesa, añadió:

—Siento mucho, señora, veros en tal estado.

—Gracias—contestó la Condesa.—Me siento muy mala, Gregorio.

—Creo que la señora, con estos aires y estas aguas, muy distintas de las de la corte, conseguirá su completo restablecimiento.

—¡Ay! ¡Dios lo quiera, Gregorio!—contestó la dama, suspirando y enjugándose una lágrima, indicio de su falta de esperanza.

—No lo dudéis, yo tengo esa seguridad; y aunque mi pobre opinión nada valga, sin embargo, no olvidéis, señora, que así os lo aseguro en este instante.

—¡Buen perillán estás tú!—dijo el Conde, terciando en la conversación.

—Gracias, señor—contestó Gregorio, fingiendo una sonrisa.

—¿Dónde está tu seguridad? ¿En qué consiste? Ten por seguro que, como así suceda, te hago mayordomo de casa.

—¡Gracias, señor Conde—contestó Gregorio,—y con tanta satisfacción y tanto convencimiento os las doy, que desde este momento me considero mayordomo, aunque sin funciones.

—Ese es tu buen deseo; yo te lo agradezco, Gregorio—dijo la Condesa, cuyo rostro animó un reflejo de esperanza.

—Sí, señora. Si en vuestra curación solamente hubiese de intervenir mi deseo, poco podría prometerme en vuestro beneficio; pero, además de él, cuento con otro auxilio muy superior, por cuya causa repito que desde este instante me cuento como mayordomo de la casa.

—¿Qué auxilio es ese?

—Si la señora Condesa me permite que satisfaga su deseo en otra ocasión más oportuna, guardaré silencio; pero si se empeña...

—¿Cómo es eso? ¿Cómo te atreves—le interrumpió el Conde—á guardar silencio faltando al respeto y á la consideración que debes á tus amos?

—No es eso, Javier—añadió la Condesa, calmando el disgusto de su hijo.—Estoy segura que Gregorio no lo ha dicho con el fin que tú crees.

—Señor Conde...

—¡Silencio! Hablo con mi madre.

—Escúchale, Javier.

—Habla, á ver.

—Es verdad, señor Conde, que me he expresado torpemente; al decir que no era ocasión propicia, quise significar mi deseo de presentar ante la señora y el señor Conde, si me lo permitían, el auxilio con que cuento para la curación de la señora Condesa.

—¡Ah!—exclamó el cura, que escuchaba el diálogo de pie á la izquierda de la Condesa.—Si me lo permiten los señores, yo diré lo que creo á que alude el guardabosque.

—Hable usted, señor cura—respondió el Conde.

—Veo con sentimiento—prosiguió el párroco, dirigiéndose á Gregorio—que no vas á alcanzar tu mayordomía.

Un suspiro de la Condesa hizo advertir al cura su indiscreción.

—¿Por qué, señor cura?

—Porque tú aludes á la hechicera, y ya sabemos todos que no son más que hablillas del vulgo sus pretendidas curaciones.

—¡Vaya, vaya, vaya!—murmuró el Conde;—ya presentía yo que este avestruz había de importunarnos con una de sus habituales sandeces.

—Javier, señor cura, hay que dispensarles algo á estos seres que, si bien faltos de instrucción, alientan puros deseos. Antiguo servidor de la casa, me tiene gran cariño.

—Es verdad, señora. A pesar del disgusto que causo en este momento al señor cura, y del mismo modo que tal vez provoque la cólera del señor Conde; á pesar de todo, señora Condesa, yo os aseguro, fiando en la palabra del señor Conde, que seré mayordomo de vuestra casa.

—¡Jesús! ¡Jesús!—exclamó el cura, persignándose.

El corazón de la Condesa latió un instante con más fuerza, y el Conde, levantándose con ademán desdeñoso, le indicó la puerta, diciéndole:

—Es verdad que no faltaré á mi promesa; pero también lo es que si sales mal de tu empeño, cuéntate como despedido de la casa. Puedes retirarte.

Gregorio, mordiéndose los labios, se inclinó ante los señores, y casi marchando oblicuamente por no volver la espalda, abandonó la estancia.

Aguardó unos momentos en el despacho del cura para entregarle, á su salida, el obsequio que había traído á los Condes; pero deduciendo, por los rumores que á su oído llegaban, en los cuales distinguía la voz del párroco, que éste tardaría en salir, dejó las piezas, calóse el sombrero, y silbando al perro, salió de la casa en derechura al bosque.

IV

La esperanza de la Condesa

Algo hay en lo más interno del corazón humano; alguna fibra sensible por excelencia, que vibra al unísono del acento humano cuando éste logra penetrar y herirla en sus reconditeces profundas.

Si esto es así, puede explicarse perfectamente la sensación que la Condesa experimentó á las últimas palabras del guardabosque. Agobiada por su dolencia, y deseando que se ausentase el importuno testigo que contradijo al que tanto bien le hacía en aquel instante, abismóse en sus reflexiones,

buscando en ellas consuelos que finge la imaginación con sus divagaciones.

No obstante su silencio y abstracción, oía con disgusto el diálogo que sostenía el párroco con su hijo.

—Ese hombre—decía el cura—seguramente está hechizado; digo, si es verdad lo que la gente dice, que yo, por mi parte, creo que todo eso son patrañas.

—Pero veamos, señor cura: ¿de qué patrañas y de qué hechizos habla usted?—contestaba el Conde.

—De eso.

—Pero ¿qué es eso?—volvió á preguntar impaciente Javier.

—En los bosques de vuestras posesiones hay una chica extravagante, doctora rústica, que me tiene mareado al vecindario. Mis feligreses, desde que á esa loca (no puedo llamarla de otra manera) le dió por hacer curaciones y dar consejos, parece que están bobos por ella. Y á la verdad no sé por qué, pues ni sé que haya curado á nadie, ni que sus consejos hayan producido beneficio alguno; pero el caso es que no vienen á oir mis sermones como antes.

—¿Y usted ha visto—preguntó Javier—alguna vez á esa bruja?

—Sí, señor; cuando murió su padre, fuí yo á aconsejarla que se trasladase al vecindario, pues no parecía bien que continuara una joven en el aislamiento en que su desgracia la había dejado; mucho más cuando esto pudiera dar qué decir á las gentes.

—¿Y qué le pareció á usted la tal joven?

—¿Qué me había de parecer? Una parlanchina dejada de la mano de Dios, con unas ideas... propias de su ignorancia y de la escasa educación que haya podido recibir de su pobre padre.

—¿Quién era su padre?

—Vuestro antiguo guardabosque.

La Condesa se irguió de repente, y su hijo y el cura creyeron notar una agravación del malestar en la fisonomía de la noble dama.

—¿Qué es eso, mamá?—preguntó el joven con interés.

—¿Queréis algo, señora?—dijo el cura.

—Nada, no es nada—contestó la condesa con suma agitación.—Voy á cambiar de postura.

El Látigo, emblema de la fuerza divina; la Serpiente Ureus, símbolo del poder real; el Phallus, carácter de la energía creadora, y el Globo alado, acompañan á las imágenes de Cnouphis.

Al proceder el Demiurgo á la creación concebida en Neith, hizo salir de su boca, ó produjo por la *palabra* un *huevo* (el universo), ó por lo menos los elementos del mismo, conteniendo el agente que debía disponerlo todo. Este agente es Phtha, imagen á su vez de la inteligencia suprema, tal cual se realiza en el mundo, y tipo de la que se manifiesta en los hombres, es decir, de la ciencia y la filosofía.

La syzygos de Cnouphis se cree que fué Tmé, la Juno egipcia; y la syzygos de Phtha es Anouké, Hestia ó Vesta. Esta última se la representa con *alas* que envuelven su cuerpo, expresando el reposo y estabilidad que el llamado nilómetro atribuye á su esposo.

Phtha aparece en muchos desplegamientos. Es el Vulcano de la mitología greco-romana; el genio Our, espíritu de fuego de los Sabeanos; el que regía las almas después de la muerte, con otras variantes.

Phtha-Thoré es otra modificación; representa el principio generador. Su emblema es el escarabajo, que lo es también del universo.

Phré es el sol, Apolo. Su emblema especial es el gavilán, elegido como símbolo general de la idea de *Dios*, por su fecundidad y longevidad.

Cuando el gavilán representa al sol, lleva sobre su cabeza un disco de color rojo. La esfinge, signo de la fuerza y la sabiduría, es también el emblema de Phré, hijo de Phtha y Toermouth.

Tiphé, Urania, esposa de Phré, es la bóveda celeste ó dominatriz del firmamento. Su imagen, pintada de azul y amarillo, se encuentra en una serie de monumentos, ya sembrada de estrellas, ya acompañada de la luna, del sol y de cinco planetas dibujados sobre su torso, sobre su boca y en sus partes anteriores. Otras veces tiene en su mano la cruz ansada, otras la hoja de loto. Indica la superioridad de la inteligencia divina sobre la materia que gobierna.

Tiphé, con los siete cuerpos celestes, animados de espíritus ó genios que los gobiernan, es el tipo de Sophia y de los

siete espíritus planetarios, que con ella presiden el gobierno del mundo sublunar.

El sol y su syzygos, son las últimas divinidades de la ogdoada...

Piioh, es el Dios-Luna que presidía á este astro. Tiene por símbolos el gavilán, las cuatro alas, el cynocéfalo, el disco, la media-luna amarilla, la barca y el ojo, el toro y no sabemos si algunos más...

El primer Hermes, ó celeste, es el Cristo de los gnósticos. Se le distingue por el epíteto de *tres veces santo.* Su símbolo particular es el hieraco-céfalo. Era objeto de tal veneración, que se le adoraba en silencio y se le atribuían también los símbolos de Amon-Cnouphis, el gavilán, el globo alado.

Souk, ó Kronos, Dios del tiempo, tenía por símbolo el cocodrilo...

Osiris, imagen del Dios Supremo, fuerte de todo lo bueno en el orden moral y físico, adversario de Typhón, un Dios salvador, que compartió su fortuna con Isis. *Las alegorías del gnosticismo sobre los sufrimientos de Sophia, hermana del Cristo, reproducen las de Isis, hermana del Osiris salvador.*

Osiris é Isis tuvieron por hijo á Horus, del que hay mucho que contar...

Los símbolos de Hermes segundo son el Ibis, el Cynocéfalo y otros.

Se le atribuye que enseñó á los hombres, con las artes que embellecen la existencia, la ciencia y las ceremonias del culto. Tuvo una alta misión.

Compañero de Osiris é instructor de las almas en la tierra, Hermes es el conductor de éstas y el consejero del primero en el Amenthi. Allí las almas tienen que dar cuenta de su vida, y después son distribuídas, las unas en diversas regiones del cielo, las otras en los cuerpos terrestres donde deben expiar sus faltas.

Una serie de bellas escenas que se refieren á los monumentos del antiguo Egipcio, son relativas á estas funciones de *Hermes Psychopompe.*

En los emblemas de estas escenas, las alegorías pasaron á los Códigos sagrados; y así se ve, por ejemplo, la idea de pesar las almas en una balanza. Pitágoras tradujo igualmente de estos monumentos su teoría de la metempsícosis y *su mito de Hermes Psichopompe.*

Anubis, hijo de Osiris, uno de los protectores de Egipto, era agente de Hermes. Sus funciones eran también eminentemente prácticas; era una especie de ángel guardián.

No vale la pena hablar de Typhón, Ahrimán ó Satán...

Modernamente se han descubierto papiros que tratan de Ra, Osiris, Horus, Isis, Anubis, etc.... y á ellos, como á las obras especiales de Egiptología, remitimos al lector.

Casi todas estas ideas, mitos y símbolos, fueron adoptadas por el gnosticismo, el cual las espiritualizó, desechando aquellas tradiciones de que no podía sacar ningún partido. Por eso no aceptó nada del Buey Apis y otras creencias. En sus monumentos, que por lo general son amuletos, abunda la simbología egipcia.

Pasemos ahora á los orígenes caldeanos y persas del gnosticismo.

LA KÁBBALA

La idea de emanación es el alma de la Kábbala, ó por lo menos es su carácter más esencial, como lo es del Zoroastrismo.

En torno de este principio fundamental se agrupan analogías y préstamos en tan gran número, que la Kábbala aparece como una especie de copia de aquella doctrina.

La palabra significa *cosa recibida* por transmisión, *tradición* oral ó escrita.

Esto indica una gran antigüedad.

Se remonta á los tiempos de la cautividad de los indios, en Babilonia.

Según la doctrina de Zoroastro y de la Kábbala, todo lo que existe ha emanado de una fuente de luz infinita. Antes que todas las cosas había el Ser primitivo, el *Viejo de los días*, el antiguo *Rey de la luz*. Este título es tanto más notable, cuanto es el dado más frecuentemente al Creador en el Zend-Avesta y en el Código de los Sabeanos, y que á la idea que expresa se une el panteísmo de la India.

El rey de luz, el anciano, es todo lo que existe. No solamente es la causa real de todas las existencias; él es *infinito (Eusoph)*. Es *Él*, y nada hay en él *que pueda llamarse Tú*.

No se le puede conocer por completo; es un ojo cerrado.

En las doctrinas indianas, no solamente el Ser Supremo es la causa real de todo: es también la única existencia real; todo lo demás no es más que ilusión.

En la Kábbala, como en las doctrinas persas y gnósticas, es el Ser Supremo oculto á todos, el Dios desconocido.

Según la Kábbala, *el mundo es su revelación* y éste no subsiste sino en Él.

Sus atributos se reproducen en aquél, según *modificaciones y grados diversos*, de suerte que *el mundo es su santo esplendor*. Este no es, á la verdad, más que su *envoltura;* es preciso, sin embargo, reverenciarle en silencio.

Todos los seres han emanado del Ser Supremo.

Cuanto más cerca de Él está un ser, es más perfecto; cuanto más se aleja de Él en la escala de las emanaciones, más pierde en pureza.

¿Han tomado los kabbalistas esta teoría de *las gradaciones* de los persas ó de los libros sagrados de los indios, y la han comunicado á los gnósticos, ó la han recibido estos últimos más directamente? Por todas partes casi se encuentra esta teoría; de modo que no se puede decir nada. *Las gradaciones* han podido verlas todos en la Naturaleza.

Antes de la creación de los mundos, la luz primitiva lo llenaba todo, de suerte que no había punto vacío. Cuando el Ser Supremo, que existía en esta luz, resolvió desplegar sus perfecciones ó manifestarlas en los mundos, se replegó en sí mismo, formó en torno suyo un espacio vacío y dejó caer su primera emanación: un rayo de luz. Este rayo es la causa, el principio de todo lo que existe; reune á la vez la fuerza generativa y conceptiva; es padre y madre, en el sentido más sublime, idea transmitida al gnosticismo. Lo penetra todo, y sin él nada podría subsistir un instante.

Es de esta doble fuerza, designada por las dos primeras letras de la palabra Jehovah, de la que ha emanado el *Primer nacido de Dios*.

Es la forma universal y el continente general de todos los seres; la idea persa y platónica del *arquetipo* de las cosas. Está unida con el infinito por el rayo primitivo.

Este *Primer nacido* es el agente creador, el conservador y principio animante del mundo. Es luz de luz. Tiene las tres fuerzas primitivas de la divinidad: la *Luz*, el *Espíritu* y

la *Vida*. El gnosticismo hizo de esto otras tantas emanaciones diferentes.

Como *ha recibido lo que da, la luz y la vida*, es igualmente considerado como principio generador y conceptivo, como hombre primitivo, Adam Kadmon. Y puesto que el hombre es un *pequeño mundo, microcosmos*, el *Primer nacido* lleva con justo título el nombre de *gran mundo, macrocosmos*.

Los kabbalistas han referido estas enseñanzas á las palabras *Luz, Principio* y *Vida*, que se encuentran tan frecuentemente en los códigos sagrados; pero es evidente que han reunido en su *Adam Kadmon*, en este principio de luz y de vida, una parte de los atributos de Ormuzd y de Kaiomorts, seres que eran, entre los persas, las personificaciones de los mismos principios.

Han modificado también de una manera análoga, siempre sobre las trazas de sus maestros, las emanaciones que el Zend-Avesta atribuye al Creador.

En efecto, dicen que *Adam Kadmon* se ha revelado en diez emanaciones, ó en diez *sephiroth*, que no son diez seres diferentes, que ni son tampoco seres, sino fuentes de vida, recipientes de toda potencia y tipos de creación.

Son *Corona, Sabiduría, Prudencia, Magnificencia, Severidad, Belleza, Victoria, Gloria, Fundamento* é *Imperio*. Como se ve, estos son propiamente *atributos del Ser Supremo*. Y si en el fondo de esta teoría han querido ocultar este pensamiento, *que es por sus atributos como Dios se revela*, que no es Dios mismo el que el espíritu humano puede reconocer en sus obras, sino más bien *su modo de manifestarse en ellas*, entonces es una *verdad profundamente metafísica la que han puesto por delante*.

La prueba evidente de que estos *sephiroth* no son más que atributos de Dios, se ve en que la Kábbala acuerda á cada uno de ellos uno de los nombres más ó menos solemnes que sirven, en su lengua, para la designación del Ser Supremo. Llaman á la Sabiduría *Jeh*, á la Prudencia *Jehovah*, á la Magnificencia *Él*, á la Severidad *Elohim*, á la Victoria y á la Gloria *Zebaoth*, al Imperio *Adonaï*. Refieren á esta teoría otras ideas y otros símbolos que tienen, en la explicación del gnosticismo, demasiada importancia.

La *Corona* tiene también el nombre de *Or*, que es el *Our* del sistema de los Sabeanos, es decir, la *Luz, Fuego*.

La *Sabiduría*, que ciertos kabbalistas que parecen pertenecer al Egipto llaman también *Nous* y *Logos*, lo que responde al platonismo, es la *Sophia* del gnosticismo. Entre otros, se llama el *Temor*, la *Profundidad del pensamiento*, el *Edén*, y lleva otros nombres que indican las pasiones que la agitaban, según los gnósticos.

La *Prudencia* está aceptada por el platonismo y la *Gnosis*. Es un *río que sale del Paraíso*, lo que conduce á los *Jordanes* del sabeismo; es la *Fuente de óleo de unción*, lo que responde al *pneuma de los cristianos*.

La *Magnificencia* tiene por símbolo la cabeza de león, signo tan frecuente entre los gnósticos.

La *Severidad* está caracterizada por un fuego rojo y negro.

La *Belleza* está figurada por el color verde y amarillo, tan querido todavía por el bello sexo de la nación judía, y que encontraremos entre los ophitos. Lo es también por un *Espejo*, que se encuentra en sus monumentos. Se llama esposo de la Iglesia, título que reproduce el sistema de Valentín.

La *Victoria* es Jehovah (Zebaoth), y la *columna derecha*, la columna de Jackin, tan conocida en ciertas asociaciones que existen todavía, y cuyas ideas, rito y lengua, se encuentran en la antigüedad en un grado propio para sorprenderlas á ellas mismas si fueran menos eruditas.

La *Gloria* es la *columna izquierda*, la columna de Booz, otra expresión de estas asociaciones. Es la *vieja serpiente;* es querubín y serafín, lo que el genio *Ophis* ó *Serpiente* es igualmente entre los ophitos, porque es un espíritu bueno y puro.

El *Fundamento* es el *ángel Redentor*, el *árbol de la ciencia del bien y del mal*, la *alianza* de Dios, Leviathán, Noé, José, Salomón, Jehovah por encima del arco de la alianza, la *Paz*, el *Mesías*, denominaciones que expresan todas esta *Alianza eterna* que existe entre el Ser Supremo y todo lo que emana de Él, y en virtud de la cual atrae á sí, ya por seres privilegiados, ya por el *Mesías mismo*, todos los que se han alejado de su primitiva pureza y de su propia esencia. He aquí también una de las ideas dominantes del gnosticismo: (Séale permitido al traductor añadir aquí algunas reflexiones.)

Que la suma de uno ó varios atributos de Dios, el ideal

de perfección y los tipos abstractos ó reales, se llamen Cristna, Budha, Ormuzd, Hermes, Ra, Osiris, Horus, Adam Kadmon, Mesías, Christos ó Jesús; y sus doctrinas se titulen Buena Nueva, Alianza, Redención, la Roca firme, el Sendero, etc.; el resultado es el mismo y todo conduce al Arquetipo de perfección...

En fin, el *Imperio* es Dios, la vida, la tierra, la luna, la esposa, la Iglesia, el fuego que consume y purifica. (Véase la escuela de Valentín.)

Se concibe fácilmente el sentido de estas denominaciones, que están tomadas en su mayor parte del *Zend-Avesta* y reproducidas en la *Gnosis;* se concibe también que *esta riqueza de atributos*, de los que no recordamos aquí más que la menor parte, ha debido dar lugar á una infinidad de combinaciones, ya entre los *sephiroth* mismos, ya entre *Adam Kadmon* ó *Eusoph*.

Esto sucedió tanto más naturalmente, cuanto que para hacer las ideas más sensibles al espíritu, los kabbalistas las ofrecían á la vista por medio de diversas figuras ó símbolos que los gnósticos se han apropiado, modificándolos, como han hecho con las ideas mismas.

Ya sea por una serie de círculos que se cruzaban misteriosamente y hasta el infinito, ya por una especie de figura de hombre ó de árbol hecha con círculos y líneas, como representaban las relaciones de los sephiroth ó atributos divinos.

El *círculo*, que era el símbolo especial del primero de los sephiroth, parece haber dado lugar, conjuntivamente con la serpiente Ophis, al símbolo de la Serpiente-Anillo, tan estimada entre los gnósticos, y la figura de hombre se encuentra en sus *Abroxos*. Una serpiente, mordiéndose la cola, representa la *Eternidad*, que no tiene principio ni fin.

En cuanto á la figura de Adam Kadmon y á las especulaciones que los kabbalistas simbolizaban sobre las diversas partes de su cuerpo, no es imposible que la idea indiana, que hace salir de los diversos miembros de Bramah diversas clases de hombres, les haya servido de punto de partida. Todo está ligado en la antigua Asia, y á cada paso de avance que damos en la historia de sus monumentos, descubrimos una nueva prueba de este gran hecho.

Los diez sephiroth han servido de tipos á la creación. De

ellos han emanado cuatro grados de seres, ó cuatro mundos de espíritus llamados *Aziluth*, *Briah*, *Jezirah* y *Asiah*, es decir, mundos de *emanación*, cuyo jefe es Jehovah; de *creación*, cuyo jefe es Akathri-Él; de *formación*, cuyo jefe es Metratron, y de *fabricación*, cuyo jefe es Sandalphou.

Estos mundos han salido el uno del otro, de manera que el mundo superior es siempre la *raíz* y *fuente* del mundo inmediatamente inferior. Sin embargo, el mundo superior está *envuelto* por el inferior.

El mundo de emanación, unido inmediatamente con Adam Kadmon, es puro. El que le sigue, menos puro, da lugar á *una copia* más imperfecta, y el que está hecho después de esta copia, el de fabricación, abraza el mundo material en que vivimos.

Este mundo es el gran escollo de todas las cosmogonías asiáticas. No quieren concebir que un mundo material sea obra ó acto de un ser espiritual, y para evitar esta doctrina que les choca, colocan toda una serie de emanaciones entre Dios y el universo. Este es también el partido que tomó el Gnosticismo.

Según la Kábbala, en todo lo que existe no hay nada puramente material; todo viene de Dios, y Dios procede en todo por vía de *irradiación*.

En efecto, todo subsiste por el rayo divino que penetra la creación; todo está unido por el espíritu de Dios, que es la vida de la vida: *todo es Dios*.

Los kabbalistas consideraron el conjunto de las cosas como una grande y única cadena de inteligencias, que clasifican en treinta y dos *puertas*. Sin embargo, estas treinta y dos inteligencias son menos seres que elementos ó *energías*, de las que forman las substancias ó los seres.

La inmensa cadena de estos seres que, en último análisis, todos han emanado de Dios, pero que ofrecen, en la serie de las emanaciones, una *variedad infinita de existencias*, está distribuída y clasificada de una manera análoga á la naturaleza de cada uno de ellos.

El mundo *Aziluth* está habitado por los parzuphim, las más puras emanaciones de Dios que existen por sí mismas y que no tienen nada de materiales.

Los habitantes de *Briah* son de rango inferior; son los ministros de *Aziluth*, pero son todavía inmateriales.

»condenados; y viéndoles, no solamente no sentirán ningún »dolor, sino que se colmarán de alegría y darán gracias á »Dios por su propia dicha, asistiendo á la *inefable* calamidad »de los impíos.»

¿Quién ha dicho eso? ¿Quién ha pronunciado estas monstruosidades blasfemas? El oráculo del cristianismo oficial, el que los doctores católicos han denominado el *doctor angélico;* el teólogo por excelencia, Santo Tomás de Aquino en persona.

¿Qué podía ser la religión sino lo que ha sido, bajo los auspicios de semejante doctrina? Y por otra parte, ¿qué se hubiera podido responder á los hombres de la Edad media, cuando, en el aturdimiento en que les habían sumergido sus conductores espirituales, se preguntasen con angustia: «Pero ¿qué es pues la vida?»

Sí, ¿qué es la vida?, se puede preguntar todavía.

Interroguemos á los hombres de nuestros días. He aquí algunas respuestas:

Nacer exhalando un grito, grito de dolor ó de asfixia—tal vez de espanto,—provocado en el nuevo huésped de la tierra por el misterioso presentimiento de las miserias que le aguardan.

Vivir en medio de esperanzas mentirosas, de alegrías fugitivas, de esfuerzos sin resultados, de inquietudes persistentes. No poseer, cuando se cree haber alcanzado la dicha, más que un simulacro de esa felicidad efímera que emponzoña á cada instante el temor de verla volar. Tener el corazón triturado por la desaparición de seres queridos que á su paso hiere la muerte, esa hiena que con oblicua marcha sigue paso á paso al caminante herido, esa muerte que, por mucho que sea el tiempo que dure nuestro trayecto por este bajo mundo, «trota á nuestro lado haciendo crugir sus grandes huesos de esqueleto». Estar sin cesar expuesto—sin contar los sufrimientos morales para los que no hay remedio—á las innumerables enfermedades que guarda en reserva para nosotros la madrastra naturaleza. Ser el blanco de todos los celos, de todas las traiciones, y no menos de las malevolencias variadas que no saben ocultar las amistades sospechosas ni las enemistades declaradas. Preguntarse todos los días por qué nos han arrojado á este inhospitalario mundo cuyas plazas están contadas; ignorar de dónde se viene, no saber á

dónde se va; estar sediento de ideal y de inmortalidad, sin que ninguna previsión seria pueda legitimar á nuestros ojos esas falaces aspiraciones.

Ver prosperar al egoísmo, triunfar la injusticia y la violencia, cuando sucumbe la debilidad y la inocencia derrama lágrimas inútiles. Sentir pesar sobre nuestras cabezas un cielo de bronce, contra cuyas bóvedas se extinguen sin eco quejas, sollozos y súplicas. Consumir sus mejores años en la ardiente confusión de la batalla por la vida, después sentirse decrecer, envejecer entre lamentos; arrastrar sus vacilantes pasos sobre el bálago de nuestras deshojadas ilusiones, y, finalmente, desplomarse en los terrores de la agonía, en la orilla del negro torbellino en que cada uno debe rodar solo y para siempre, sin consuelo alguno, sin gozar de nueva alborada!...

He ahí la vida — odiosa y feroz mixtificación de no sé qué vengadora divinidad y que tanto más se agrava cuanto se nos habla sin cesar de un Dios, padre de los hombres, justo, misericordioso... ¡Ah! ¡Macabra ironía! Cien veces mejor es la nada, y si tarda... ¡bueno!: ¡entonces el suicidio, antes que semejante tormento!

¿De quién son estas desgarradoras lamentaciones?

De todos los escépticos indignados, de todos los corazones rotos, de todos los creyentes crucificados, de todos los desesperados de todos los siglos. ¡Ah! estas letanías son largas, universales. Oigamos todavía algunas voces aisladas.

«La naturaleza, dice M. Julio Soury (1), es nuestra madre», esto es sabido; pero si de su seno salimos, es para volver á él más ó menos tarde. El grano de trigo arrojado en el surco, germina y sale de la tierra. La espiga se convierte en pan, se transforma en carne y en sangre, en óvulo fecundado de donde sale el niño, es decir, el hombre; después el cadáver abona la tierra que llevará otras mieses, y así por los siglos de los siglos, sin que se pueda decir ni comprender por qué.

»Porque si hay algo vano é inútil en el mundo, es el nacimiento, la existencia y la muerte de esos innumerables parásitos, faunas y flores, que vegetan como una especie de moho y se agitan en la superficie de nuestro ínfimo planeta

(1) *Filosofía natural.*

arrastrado, entre el séquito del sol, hacia alguna constelación desconocida. Indiferente en sí, pero necesaria, sin duda, puesto que esta existencia tiene por condición la lucha cruenta de todos contra todos, la violencia, la astucia, el amor más amargo que la muerte, ¿puede esta existencia parecer á los ojos de todos los seres conscientes otra cosa que un siniestro sueño, que una dolorosa alucinación al precio de la cual la nada sería el soberano bien?

»Por otra parte, si somos los hijos de la naturaleza, si nos ha dado el ser, nosotros, á nuestra vez, somos los que la hemos dotado de todas las ideales cualidades que la adornan á nuestros ojos. La eterna ilusión que encanta y atormenta al corazón del hombre es y sigue siendo su obra. En este universo, en que todo son tinieblas y silencio, él solo vela y sufre sobre este planeta, porque él solo tal vez medita y reflexiona.

»Apenas si comienza á comprender la vanidad de cuanto ha creído, de cuanto ha amado, la nada de la belleza, la mentira de la bondad, la ironía de toda ciencia humana. Después de haberse adorado neciamente en sus dioses y en sus héroes, cuando no tiene ni fe ni esperanza, hasta que la misma naturaleza desaparece á sus ojos, porque no era, como todo lo demás, más que apariencia y engaño. Solo sobre este mundo que tala la muerte, en medio de los escombros de sus ídolos destrozados, se yergue el fantasma de sus eternas, de sus incurables ilusiones.»

«Cuenta, dice lord Byron, otro desilusionado, cuenta las alegrías que tus horas han visto, cuenta tus días exentos de angustia, y reconoce que, cualesquiera que hayas sido, hay algo mejor: no ser.»

Véanse, por fin, estas líneas desesperadas de M. Clemenceau, que en la *Cuestión social* habla en estos amargos términos de las últimas fases de la vida sobre la tierra:

«Nuestras ciudades ruinosas, en medio de informes vestigios humanos, las últimas ruinas descuajadas sobre la vida muriente, todo el pensamiento, todo el arte sorbidos por la gran muerte ascendente. Toda la obra humana en la última viscosidad de la vida. Y después, la última manifestación de vida terrestre será á su vez destruída. El globo frío y desnudo paseará inútilmente su indiferencia por los estériles caminos del espacio. Entonces se cumplirá el ciclo de los

últimos planetas hermanos, algunos tal vez muertos ya hoy. Y el sol extinto, seguido de su fúnebre cortejo, precipitará en la noche su curso incalculado hacia lo desconocido.»

Añadamos, á esos trágicos acentos, este arranque de M. J. de Gastyne: «La humanidad es una cosa hedionda, un conjunto de fieras dañinas que se cogen las garras para devorarse más de cerca.»

Podríamos añadir, á las recriminaciones de todos estos despreciadores, muchas otras del mismo género y seguramente no menos amargas; pero ¿qué son estos gritos de desesperación acrimoniosa y corrosiva, al lado de las protestas ardientes, de los sollozos desgarradores que el corazón sangrante y convulso de Mme. L. Ackermann hace ascender de la tierra al cielo?

Oidla blasfemar, maldecir y llorar, y en el fondo esperar á pesar de todo (1).

«Qué ¿renacer? ¿volver á ver el cielo y la luz, esos testigos de una mala ventura inolvidada, ellos que sobre nuestros dolores y sobre nuestra miseria han sonreído de lástima?

»No, no. ¡Mejor la muerte, la noche sombría, eterna! Hija del viejo caos, cobíjanos bajo tus alas, y tú, hermana del sueño, tú que has mecido nuestras cunas, oh Muerte, no nos sueltes; estréchanos bien contra tu seno fiel.

»¡Tal vez tuviéramos derecho á las celestes delicias! No, no debemos temer al infierno, porque nuestras faltas no han merecido suplicios. Si hemos faltado, hemos sufrido tanto... ¡Y bien, nosotros renunciamos hasta á la esperanza de entrar en tu reino y ver tus esplendores! ¡Señor, nosotros rechazamos hasta tu recompensa, y no la queremos al precio de nuestros dolores!

»Lo sabemos. Tú puedes dar todavía alas á las almas que se doblegan bajo una carga muy pesada; tú puedes, cuando te plazca, lejos de las esferas mortales, elevarlas á ti en la gracia y el amor; tú puedes penetrarnos de nuevo vigor, devolvernos el deseo que habíamos perdido... Sí, mas el recuerdo, esa zarza inmortal fija en nuestros corazones, ¿serás poderoso tú á arrancarla?

---

(1) Las citas que siguen están en el original en magníficos versos; pero no siendo poeta el traductor, y aunque lo fuera no se atrevería á tanto, van en prosa lo más fiel posible.

»Cuando la falange sagrada de tus querubines nos saludase como elegidos, abriendo tus santas moradas, nosotros les gritaríamos al punto con voz llorosa: ¿Nosotros elegidos? ¿nosotros felices? Pero ¡mirad nuestros ojos! Todavía hay en ellos lágrimas, lágrimas amargas, lágrimas sin número. ¡Ah! Sea lo que quiera lo que hagáis, este espeso y sombrío velo nos obscurece vuestros cielos.

»¡Ah! ¡Tú hieres muy fuerte, en tu furor cruel; tú lo oyes, tú lo ves! El sufrimiento ha vencido. En un sueño sin fin, ¡oh potencia eterna! déjanos olvidar que hemos vivido.»

(Los Desgraciados.)

«Volverme á encontrar ante la iniquidad celeste, ante un Dios celoso que pega y que detesta, y en mi desesperación decirme con horror: «El que todo lo podía, ha querido el dolor.» Emancipado de la fe como de un mal sueño, el hombre repudiará los tiranos inmortales y no irá ya, víctima de terrores sin tregua, á encorvarse vilmente al pie de tus altares. Aburrido de encontrarle sordo, creerá vacío el cielo. Arrojando sobre ti su velo eterno y espléndido, la Naturaleza ya te oculta á su mirada; no descubrirá, en lo sucesivo, por todo Dios en el universo sin límites, más que una yunta ciega y sombría: la Fuerza y el Acaso.»

(Prometeo.)

«¡Maldita seas, oh Naturaleza, en tus obras inmensas! Sí, ¡maldita en tu origen y en tus elementos, por todos tus abandonos, tus olvidos, tus demencias y también por tus abortos!

»¡Ojalá invada los cielos la sombría inmovilidad, y bajo un velo fúnebre apague tu antorcha, puesto que de un universo magnífico y sin límite no has sabido hacer más que una tumba!»

(El Hombre en la Naturaleza.)

«Miserable grano de polvo que la nada ha arrojado, tu vida es un día sobre la tierra; no eres nada en la inmensidad.

»Tu madre, gimiendo, te dió nacimiento; tú fuiste el hijo de sus dolores, y tú saludas la existencia con gritos agudos y lágrimas.

»Bajo el peso de tus males, tu gastado cuerpo sucumbe,

y saboreando la calma precursora de la noche, tu ojo se cierra al fin con el sueño de la tumba: alégrate, viejo, es tu primera dicha.»

(El Hombre.)

«¡Y tú carecerás, pues, oh gran Dios, de entrañas hasta el punto de que tantas despedidas dolorosas y tantos funerales no puedan emocionarte, tú que desde allá arriba debes verlo y oirlo todo!

»¡Pero no! Dios, á quien llamamos bueno, tú permites que se espere. Unir para separar, no es tu designio. Todo lo que se ha amado, cuanto un día fué sobre la tierra, va á amarse en tu seno.»

(El Amor y la Muerte.)

«A gusto desafío la muerte y el sufrimiento. Naturaleza despiadada, en vano tú me agitas; no creo más que á mis deseos, y tengo esperanza aun con mis tormentos.

»Si para colmar la nada, ese remolino lóbrego y vacío, basta aspirar un instante, heme aquí. ¡Lejos de mí esta región ínfima! ¡Todo me cerca y me limita; me hace falta el más allá!

»Quiero lo eterno, yo que soy lo efímero. Cuando lo real me oprime, imperioso y brutal, ¿por refugio, acaso, no tengo la quimera que se llama Ideal?

Yo puedo con orgullo, en el seno de las noches profundas, contemplar el esplendor del éter estrellado. Guardaos vuestro infinito, lejanos cielos, vastos mundos; yo tengo el mío en mi corazón!»

Tales son los dolorosos lamentos, los desesperados gritos que arranca á esta gran alma extraviada la desesperación de la vida.

Por desgracia se encuentra, en el fondo de estas acres censuras, á la cristiana no extinta, á la antigua creyente fanática que en su primera juventud, exaltada por la narcótica doctrina de los catecismos que tomó al pie de la letra, quería irse derechita al convento; ella misma es quien nos lo cuenta.

Su padre intervino á tiempo para desviarla de ese peligroso camino. Pero el fantasma de estos crueles dogmas la

persigue en sus más atrevidas protestas de independencia filosófica.

Es siempre la misma que, después de haber exhalado sus más amargas imprecaciones, ve flotar sobre las tinieblas como un pálido resplandor de aurora.

—¡Me hace falta el más allá!—grita en su angustia.

—Tú lo tendrás, pobre alma desgarrada.

Respetemos, pues, sus enérgicas tristezas. Prescindamos de estas blasfemias, que no son más que imperiosas apelaciones á la Justicia, apóstrofes á la Verdad.

¡Ah! Sí, seguramente, es bien excusable, y tal vez fuese del caso repetir aquí esta extravagante genialidad, tan profunda en su simplicidad aparente: «Ella tendría perfecta razón... si sólo ella fuera la equivocada.»

¿No es la historia entera el largo martirologio de nuestra raza jadeante bajo los cruentos picotazos del dolor, y su inconsolable sollozo no asciende eternamente hacia el cielo, como en otro tiempo subía el acre humo de los sacrificios mezclado con los gritos de las víctimas expiatorias?

¿Queréis conocer ese martirologio de la humanidad? Leed esas páginas de estadística espantosa que tomamos de una de las obras tan ricamente documentadas de M. Camilo Flammarion:

«Lo que no debe olvidarse, cuando se tiene el valor de contemplar el cuadro de las ferocidades de la bestia humana, es el respeto á la vida, es un sentimiento casi enteramente moderno. La historia de todos los siglos y de todos los países nos muestra cuán débilmente pesaba, en la balanza de la moral antigua, la vida del hombre, de la mujer y sobre todo del niño y del esclavo. Matar, en otro tiempo era la cosa más sencilla del mundo, y durante una larga serie de siglos, la sangre humana ha corrido como el agua. Guerras, devastaciones, asesinatos políticos y religiosos, infanticidios cotidianos y reglamentados, he ahí lo que ensucia y enrojece casi todas las páginas de la historia humana.

»La antropofagia, término extremo de la ferocidad humana, ha comenzado desde la aparición de los hombres sobre la tierra, y persiste todavía en este momento entre ciertos pueblos relativamente civilizados, con la circunstancia agravante de que estos pueblos habitan países fértiles y que no pueden como los salvajes indígenas de los archipiélagos

rocosos de la Polinesia, alegar por excusa el hambre eterna y torturante.

»Los rastros de la antigua antropofagia se encuentran en toda Europa, lo mismo que los que han dejado los sacrificios humanos, preludios del canibalismo, porque las ceremonias funerarias se terminaban siempre por una comida en la que la carne de las víctimas constituía el plato más apreciado.

»En Portugal se han encontrado grutas, en las que se han contado millares de mandíbulas y dientes humanos. En la antigua Grecia, los mismos atenienses ofrecían á los dioses sacrificios humanos, según demuestran las viejas leyendas de Licaon, sirviendo á sus huéspedes los miembros de su propio hijo Pelops; de Atreo, haciendo servir á su hermano Tieste sus dos hijos en un festín de familia.

»Célebres han permanecido los horrores de Cartago, donde se hacían quemar vivos millares de niños en honor de Moloc, la monstruosa divinidad de los cartagineses y de los fenicios. En Roma se hacían igualmente sacrificios humanos, y, hasta bajo el emperador Cómodo, los cortesanos hacían figurar, entre los platos de sus banquetes, los trozos más delicados que elegían de los cuerpos de las víctimas sacrificadas. Iguales abominaciones en la Escandinavia. Los hindus ofrecen anualmente á sus dioses centenares de víctimas humanas.

»¿Y qué sucedía en América, y muy particularmente en Méjico? En 1487, la dedicación del gran templo de Méjico fué celebrada magníficamente por el degüello de setenta y dos mil víctimas. La matanza duró cuatro días enteros. La sangre corrió en verdadera cascada sobre las gradas de la gran escalera del templo y formó inmensas cloacas, que durante algunas semanas infestaron toda la ciudad. Bajo Moctezuma, doce mil cautivos perecieron en una fiesta. Cuando la conquista de Méjico por Cortés, en 1519, se descubrieron osarios en los que se contaron ciento treinta y seis mil cráneos. Los mejicanos tenían jaulas especiales, en las que engordaban á los cautivos (hombres, mujeres y niños) que, cuando llegaba el momento oportuno, eran conducidos á la carnicería. Y se encuentran más ó menos análogas abominaciones de un extremo á otro de ambas Américas.

»Lo más horrible es que estos actos de salvajismo se han perpetuado hasta nuestros días. En ciertas regiones del

Africa central, el canibalismo es todavía de uso tradicional. Hay cavernas que sirven de despensa y que se han encontrado llenas de osamentas humanas. Ciertos pueblos negros forman trampas á los leones y las ceban atando á ellas un niño vivo. Los palacios de los antiguos reyes del Dahomey, así como sus templos, estaban formados de muros, en los que los cráneos hacían de morrillos, estando cimentados con un mortero que se amasaba con sangre humana. Se sabe también que á la muerte de estos reyes se celebraban sus funerales degollando tal número de víctimas, que se llenaban lagunas con toda la sangre derramada. En la Guyana, el Brasil y entre los habitantes de la tierra de Fuego, se comen los parientes ancianos, las mujeres viejas, los cautivos.

»Se ve que de ningún modo es emplear una figura retórica, el afirmar que ríos de sangre han inundado nuestra lamentable tierra.

»La combatividad de la bestia humana deja muy atrás el salvajismo de las fieras más carniceras. Desde su aparición sobre el globo, la humanidad ha estado en perpetua guerra contra sí misma, sin haberse tomado nunca tiempo para reflexionar por qué.—Degüellos de pueblos, he ahí la historia de lo pasado, y á la hora en que vivimos, al fin de nuestro siglo XIX, tan glorioso bajo ciertos aspectos, ¿se oye hablar de otra cosa que de futuras guerras formidables, para cuya perpetración todo el genio del hombre se agota en invenciones diabólicas, con el fin patente de convertir estos próximos combates en las más espantosas matanzas que hayan podido soñar nunca los más sanguinarios conquistadores?

»¡Y sin embargo, esos «gloriosos» héroes, estos conquistadores «insignes» han añadido hermosas páginas á los anales de nuestra humanidad!...

»¿Queréis cifras? Helas aquí, y de las más edificantes:

»¿Sabéis cuántos hombres, por siglo, ha devorado la guerra?

»Cerca de veinte millones sólo en Europa y los Estados Unidos.

»Nuestro Napoleón, «Napoleón el Grande», cuya gloria, según dice Béranger (nuestro poeta nacional), se conservará tan largo tiempo entre la chusma, ha hecho degollar,

él solo, cinco millones de europeos.—Verdad es que sólo era «carne de cañón», como él mismo decía.—En los Estados Unidos, la guerra de Secesión ha hecho desaparecer novecientos cincuenta mil.

»Y lo mismo ha sucedido, desde el origen de la historia. Que se compute aproximadamente cuántas vidas humanas han costado la guerra de Troya, las guerras médicas, las guerras púnicas, la guerra de los cimbrios y teutones, las ferocidades de Atila, los horrores de la «Santa Inquisición», los procesos por hechicería, las guerras llamadas de «religión», las matanzas de San Bartolomé, las guerras de los Cien años, de los Treinta años, de los Siete años, y tantas otras matanzas que todavía se podrían añadir á esta siniestra enumeración—y sin exageración se podría evaluar en más de cuarenta millones el número de hombres muertos en cada siglo en ambos hemisferios, de tal suerte, que el total de hombres asesinados desde el origen de los tiempos históricos se eleva aproximadamente á la cifra de mil doscientos millones,—casi tantos como existen sobre el globo entero.

»Después de las cifras, ¿queréis imágenes comparativas?

»La sangre vertida de tal suerte, equivale á dieciocho millones de metros cúbicos; chorro inagotable que sin tregua ni reposo lanza, desde el principio del mundo, cerca de setecientos litros de sangre por hora sobre los tronos de la tierra para mantener fresca y rutilante la «respetada púrpura».

»Si los mil doscientos millones de esqueletos, surgiendo de su sepulcro, se colocasen de pie unos sobre otros, esta espantosa columna tendría más de quinientas mil leguas de altura, seis veces más de largo que de la tierra á la luna. Todos estos cadáveres, arrójados en el canal de la Mancha, formarían ese famoso puente proyectado entre Francia é Inglaterra. Añadamos, en fin, para cerrar la serie de estas macabras suposiciones, que con los cráneos de todos estos esqueletos se podría hacer un collar sin segundo que circundaría seis veces nuestro lúgubre y sangriento planeta.»

He ahí las piezas del proceso.

Hemos oído las deposiciones de los testigos de cargo. Estas deposiciones podríamos alargarlas, multiplicarlas; pero ¿para qué? El alegato, por desarrollado que pueda ser, no nos proporcionaría nuevos argumentos.

Desencantos, amarguras, reproches desesperados lanzados á la faz de ese Dios impasible que se esconde en las profundidades de su cielo, á quien ninguna súplica conmueve, al que ninguna lágrima alcanza.

Oíd estos versos altaneros y desdeñosos de Alfredo de Vigny:

«Mudo, ciego y sordo á los gritos de las criaturas, si el cielo nos arrojó como un mundo abortado, el justo opondrá el desdén á la ausencia y sólo responderá con un frío silencio al eterno silencio de la divinidad.»

Ahora bien; ¿es verdad, en efecto, que este silencio sea eterno? ¿Es verdad que este Dios mudo no se haya revelado jamás á la humanidad?

Para responder á estas dos preguntas, que en realidad no son más que una, es para lo que se han escrito las páginas que van á seguir.

He declarado, desde el principio, que iba á contar cosas más ó menos extraordinarias, y que sería preciso, si no para comprenderlas, al menos para aceptarlas en su economía, renunciar á ciertos prejuicios, arrojar toda idea preconcebida; en una palabra, hacer acto de buena voluntad y no obstinarse en cerrar los ojos á la luz bajo el singular pretexto de que esta luz era inesperada.

¿Tan difícil es, pues, elevarse un poco por encima de las vulgaridades corrientes, aceptar ciertas ideas nuevas, confesar que todavía no lo sabemos todo y que fuera de nuestros conocimientos tradicionales puede haber misterios que estudiar, incógnitas que despejar en los diversos problemas que nos presenta la vida?

¿En medio de las opacas brumas de la tierra, nos habremos vuelto miopes hasta el punto de no poder admitir que más allá de lo visible se extiende el océano de lo invisible que nos envuelve, que nos penetra, y hemos de vernos constreñidos á comparar nuestra debilidad lamentable con la de esas larvas acuáticas que, en el limo de las ciénagas, son incapaces de comprender que por encima de las aguas estancadas vuelan libélulas cuyas alas irisa el sol, y que estas libélulas, ayer todavía larvas rastreras como ellas, habrían tal vez podido sentir, en el fango, estremecerse sus futuras alas de gasa, de seda ó de terciopelo?

¡Y bien! Que nosotros queramos ó no queramos, ese invi-

sible existe, y no serán nuestras protestas de abyectas larvas las que le impedirán existir.

De ningún modo es un mundo de alucinaciones éste en que vamos á penetrar. A consecuencia de investigaciones filosóficas y científicas, continuadas durante siglos en nuestros dos hemisferios, y guiados hoy por las más elevadas celebridades del mundo intelectual, vamos á ascender en las esferas del más allá, en las regiones de lo invisible que otros han visto y del que nos cuentan maravillas.

Observad bien, si os place, que aquí «maravillas» no quiere de ningún modo decir «milagros». Nada de sobrenatural hay en la comprobación del hecho de que la tierra y los destinos que nos ofrece son del todo insuficientes para cualquiera que encierre en su alma la menor partícula de ideal, y que únicamente los «satisfechos» pueden declarar que respiran á su gusto entre los vapores de nuestra cenagosa tierra.

Buscar algo más, y sobre todo algo mejor, nos parece un deseo muy legítimo, á menos que se tenga el valor de no interesarse por todos los dolores revelados en las desesperadas páginas que acabamos de transcribir.

¡Y he aquí dónde estamos, después de los setenta ú ochenta millares de años que el hombre se arrastra sobre la tierra! ¡Con qué desesperante lentitud progresa esta pobre humanidad, y cuán fatigada debe estar de su ascensión á este calvario!

Más que fatigada, agonizante. Manifiestamente, comienza á enloquecer con las dudas que la roen, con las incertidumbres que la torturan. El hombre se ve obligado á buscar su senda en las tinieblas, indeciso, tanteando, desamparado. No menos desamparada que el hombre se ve esta sociedad moderna en que se arremolinan inmensas fuerzas destructivas. ¡De las masas profundas del pueblo es de donde suben sordos murmullos (¡y cuán justificados son!) contra el sufrimiento de aquellos que, de los escuetos surcos que cavan en su cólera, no ven salir más que una irrisoria mies!

Y sin embargo, de en medio de esas generaciones que desde hace siglos se agitan en la sombra, ¿no oís elevarse voces que de uno á otro continente gritan: «¡Hermanos, he aquí la aurora!»

Y se buscan sus primeros albores, al mismo tiempo que

se siente pasar como un soplo precursor que hace estremecer el alma de los pueblos.

«Ved, dice M. Eugenio Nus, al antiguo Oriente que se estremece y sale de sus santuarios, trayéndonos la clave de sus mitos, padres de los nuestros, juntando nuestros análisis en su grande síntesis, en la cual, después de nuestras religiones, se engolfan nuestras filosofías.»

«Jamás, dice M. Ed. Schuré (1), jamás la aspiración á la vida espiritual, al mundo invisible, rebatida por las teorías materialistas de los sabios y por la opinión mundana, ha sido más seria y más real. Se encuentra esta aspiración en los pesares, en las dudas, en las negras melancolías y hasta en las blasfemias de nuestros escritores naturalistas y de nuestros poetas decadentes.

»¿Ha tenido nunca el alma humana un sentimiento más profundo de la insuficiencia, de la miseria, de la irrealidad de su vida presente?

»La religión sin pruebas y la ciencia sin esperanza están enhiestas una frente á otra, desafiándose, sin poderse penetrar ni vencer. Nuestro tiempo concibe el desarrollo de la humanidad como la marcha eterna hacia una verdad indefinida, indefinible é inaccesible para siempre; y en ese campo cerrado es donde, armados de un argumento cualquiera, combaten el misticismo, el materialismo, el positivismo y el escepticismo.

»Así, pues, ¿qué ha salido de estas estériles querellas, de estas revoluciones, de esta anarquía de las conciencias? Una generación seca, sin ideal, sin luz y sin fe, encontrando de muy buen tono negar al alma y á Dios, no creer ni en esta vida ni en la otra, y mofarse, con una ironía que se cree espiritual, de su débil voluntad, de su sacrificada conciencia, de su energía castrada y de su libertad moral sistemáticamente desconocida.»

«Jamás, dice por otra parte M. Léon Denis (2), la necesidad de luz se ha hecho sentir de una manera más imperiosa. Después de haber estado sometidos durante una larga serie de siglos al principio de autoridad, los pueblos aspiran más y más á sacudir toda traba. Al mismo tiempo que las instituciones políticas y sociales se modifican muchas veces de un

(1) *Los Grandes Iniciados.*
(2) *Después de la muerte, Cristianismo y Espiritismo.*

modo sensible, las creencias religiosas se hunden, los dogmas perecen transformándose y los cultos se ven abandonados.

»La humanidad, en el círculo de su vida, se agita entre dos errores: el uno que afirma y el otro que niega; uno que dice al hombre: cree sin comprender, y el otro que le grita: muere sin esperar.»

¡Y bien, qué! ¿Vamos á permanecer aquí? Cuando el nadador, á quien un desfallecimiento ha sumergido en aguas profundas, toca con su crispado pie el fondo del río, ¿no siente una conmoción nerviosa que le hace rebotar y subir hasta la superficie?

Y nosotros, que tan bajo hemos descendido, que tocamos con el pie la capa viscosa, ¿permaneceremos en un cobarde abandono de nosotros mismos, sin intentar el esfuerzo supremo? ¿Desatenderemos, sin preocuparnos ya más, estos presentimientos, estas aspiraciones? ¿Dejaremos sin respuesta todos estos desesperados llamamientos?

«Lo que nos importa, dice M. Eugenio Nus, ante todo y más que todo, en el desorden en que estamos, es encontrar un resplandor que nos ayude á desembrollar el caos de nuestras ideas. Los detentadores de las antiguas tradiciones afirman que ellos poseen esta luz y que ha llegado el tiempo en que podemos recibirlas. Acojámoslas; estudiémoslas á beneficio de inventario (1).»

¿Acaso no somos invitados á ello por los que conocen esta luz, por los precursores de todos los siglos que, como se verá más adelante, han multiplicado las pruebas y acumulado los testimonios—pruebas y testimonios comprobados, corroborados por los modernos iniciados de ambos mundos y que no cesan de gritarnos también:—«¡Sí, es evidente, he aquí la nueva aurora!»

«El hombre ha nacido en el fondo de una ola, afirma M. Ed. Schuré, y no sabe nada del vasto océano que por todas partes se extiende sin límites; pero una fuerza misteriosa sostiene nuestra barquilla sobre las crestas de las olas, y allí, aunque siempre azotados por la tempestad, terminamos por comprender su ritmo grandioso, y el ojo, midiendo la bóveda celeste, reposa en la calma y el azur.»

«La humanidad, dice Lamartine, es un tejedor que tra-

(1) *Los Grandes Misterios.*

baja en el reverso de la trama de los tiempos. Día vendrá en que, pasando de uno á otro lado de la tela, comprenderá el magnífico y grandioso cuadro que ha tejido, durante siglos, con sus propias manos, sin haber visto otra cosa, al principio, que la maraña de los hilos enredados.»

«Cada esfera del ser, dice F. Amiel, tiende á una esfera más elevada y tiene ya revelaciones, ó al menos, presentimientos. El ideal, bajo todas sus formas, es la visión profética de una existencia superior á la suya, y á la cual cada ser aspira invenciblemente. Semejantes á los volcanes que nos traen los secretos del interior del globo, el entusiasmo, el éxtasis, son explosiones pasajeras del mundo interior del alma, y la vida humana no es más que la preparación de esta vida espiritual. Los grados de la iniciación son innumerables.

»Hombre, discípulo de la vida, crisálida de un ángel, trabaja, pues, en tu alumbramiento futuro, porque la evolución divina no es más que una serie de metamorfosis más y más etéreas, en las que cada forma, resultado de las precedentes, es la condición de las que siguen. La vida divina es un encadenamiento de muertes sucesivas, en las que el espíritu, arrojando cada vez alguna de sus imperfecciones, acaba por ceder á la creciente atracción del centro de progreso inefable, del sol de la inteligencia, del foco del amor.»

Y estas voces no están aisladas sobre la tierra. Si nos parecen, en el denso silencio que nos oprime, las dianas matutinas de los clarines de la vanguardia, también son ecos, ecos lejanos y tardíos de otras voces que allá abajo, en la mayor profundidad de las edades, han resonado en la aurora de las civilizaciones antiguas, en la alta Asia primero, después en Persia, luego en Egipto, más tarde en Grecia, de donde nos han llegado lentamente, interrumpidas por largos silencios, tan largos, tan tristes, que parecían haberse extinguido en la inconsciencia de los hombres primitivos, apenas despojados de la animalidad.

Ahora parece que, arrastrada por la espiral retrogresiva de un misterioso remolino, la humanidad debe volver á las doctrinas de nuestros antiguos predecesores en la historia y en el tiempo.

¡Se opera en el mundo de las ideas una curiosa evolución que, bien á su pesar, no hay que decirlo, favorecerá este re-

torno del presente hacia el pasado, y, de un modo completamente especial, conducirá á una aproximación—inesperada como no lo fué nunca—entre la ciencia y la metafísica!

«Dos enemigos, dice M. Eugenio Nus, que se proclamaban irreconciliables, están en vías de reconciliarse, presintiéndolo ambos y más que nunca denigrándose con la más cordial animosidad. La frontera que les separa se borra poco á poco, é invasiones recíprocas tienden á mezclar sus dos reinos. La ciencia, de buen ó mal grado, á cada paso que da hacia adelante, se ve colocada sobre el terreno de la razón pura, y ésta, para que no se la acuse de agitarse en el vacío, se ve obligada á tomar á su rival los materiales de sus fundaciones. Solamente los sabios, sumergiéndose por completo en lo invisible, se precaven, como del diablo, de tocar á la metafísica.»

«Se ha comprobado, por otra parte, leemos, en la notable obra ya citada (1)—y á la cual nos referiremos á menudo,—se ha comprobado que, desde Bacon y Descartes, las ciencias modernas tienden, inconscientemente sin duda, pero con seguridad, volver á las hipótesis de los filósofos de Grecia y de Alejandría.

»La física moderna ha llegado poco á poco á identificar la idea de materia con la idea de fuerza, lo cual es un gran paso hacia el dinamismo espiritualista. Para explicar la luz, el calor, el magnetismo y la electricidad, los sabios se ven obligados á admitir que una materia sutil é imponderable llena el espacio y penetra todos los cuerpos. Esta materia la llaman ellos *Eter*, y es un nuevo paso hacia la antigua hipótesis del *Alma del mundo*, que no es otra cosa que el fluido universal.»

Así es que, por una evolución singular de las doctrinas modernas, hemos llegado á esa otra doctrina, vieja como la humanidad, cuyos principios esenciales pueden resumirse como siguen:

«No hay más que un Dios potente, justo y bueno. De Él emanarán los espíritus, efusión de su esencia, chispas de su foco. Después Él condensa al espíritu en materia, creando el mundo corporal.—Los espíritus libres tienen la facultad de mejorarse, de ascender hacia el Creador. Los diversos globos

(1) *Los Grandes Iniciados.*

OBRAS ESPIRITISTAS

Extracto del CATÁLOGO GENERAL publicado por la REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

TÍTULOS DE LAS OBRAS	PRECIO Ptas.	Cénts.
La Fórmula del Espiritismo, por Alverico Perón.—Edición «Sócrates».—Estudio perfecto y explicación sucinta de la parte filosófica de las obras de Allan Kardec, á quien va dedicado.-60 páginas en 8.° español.	»	40
Noción del Espiritismo, por J. de Huelbes Temprado.—Edición «Sócrates» con una carta-prólogo de Alverico Perón.—Exposición notable de la doctrina espiritista en forma sencilla y adaptable á la cultura de las masas.—84 páginas en 8.° español.	»	50
El Espiritismo al alcance de todos.—Edición «Sócrates».—Explicación dada por los espíritus; enseñanzas y manifestaciones de los mismos, por Allan Kardec; muy recomendable para popularizar la doctrina entre las clases humildes.	»	30
La Pluralidad de Mundos y el Dogma Cristiano, por Camilo Flammarión.—Importante opúsculo en que el popular astrónomo estudia las objeciones dogmáticas aducidas contra la hipótesis científica de la pluralidad de mundos.—92 páginas en 8.° español.	»	50
El Infinito, por Alverico Perón.—Estudio espiritista, admirable por la manera lógica con que demuestra el principio de que en filosofía, en psicología, en moral y en religión sólo es verdad aquello que no se aparta de las cualidades esenciales de la divinidad.—36 páginas en 8.° español	»	20
Manual del Magnetizador Práctico, por Regazzoni.—Edición «Sócrates».—Opúsculo indispensable á todo magnetizador, en especial á los principiantes, por las notables lecciones que encierra y la claridad con que se exponen.—60 páginas en 8.° español.	»	25
Miscelánea espiritista.—Notabilísimos dictados de ultratumba; Comunicaciones de Kardec, Grimaldi, Cardenal, Puente, Balmes, Platón, Mitrídates, Sócrates, etc.; Cartas de un difunto á su amigo; Medios prácticos de comunicación; Consultas; Descripción de Júpiter por un espíritu de aquel planeta; La formación terrestre; La muerte de César; Diálogos espiritistas; Teodicea; Ley natural de la materia en Dios, y otros trabajos, artículos de controversia, disertaciones filosóficas, estudios y experiencias, escritos ó recopilados por Alverico Perón.—2 tomos de 164 y 180 páginas en 8.° francés, con extenso índice. (Cada tomo una peseta). Los dos tomos.	2	»
Lecciones de Espiritismo para los niños.—Edición «Sócrates».—Concepto de Dios.—Nociones de Astronomía.—Los Espíritus.—Moral Espiritista.—Expuesto en forma de preguntas y respuestas como más adaptable á la penetración de los tiernos infantes á quienes dedicó dicho trabajo su traductor Fernández-Colavida.—52 páginas en 8.° español.	»	25
Lo que hay acerca del Espiritismo, por Q. López Gómez.—Sucinta descripción del Espiritismo teórico práctico.—100 páginas en 8.° francés.	»	50
La Nueva Doctrina, por Rogerio Walt.—La vida universal; Dios en sí mismo; La vida terrestre; Materia y Espíritu; Fenómenos y conjeturas; Después de la muerte; Aspiraciones; Renovación de la fe; El materialismo; Concepción Religiosa; Espíritu de Religión; Lo ilusorio y lo probable; En presencia de la muerte; Camino recto; El nuevo culto; Lo bello es una religión; Cultivo de lo bello; El arte y la vida; Amor á la Naturaleza; Estimemos nuestro cuerpo; La razón		

TÍTULOS DE LAS OBRAS	PRECIO Ptas.	Cénts.
hace el hombre; Sin libertad no hay vida; Noción del Derecho; Modo de bien vivir. Todos los anteriores conceptos expuestos de manera magistral en forma de preguntas y respuestas.—68 páginas en 8.° español.	»	40
Devocionario Espiritista.—Colección de oraciones escogidas por José M.ª Fernández-Colavida; 8.ª edición, corregida, considerablemente aumentada é ilustrada con el retrato del autor á la autotipia.—224 páginas 8.° mayor.	1	»
El mismo Devocionario, ricamente encuadernado en tela con plancha de oro, propio para regalo.	2	»
El mismo con tela, plancha y cantos dorados.	2	50
Congreso Espiritista de Barcelona.—Reseña completa; Representaciones; Adhesiones; Sesiones públicas; Sesiones privadas; Conclusiones; Documentos, etc., con un notable Proemio por el Vizconde de Torres-Solanot.—320 páginas.	1	»
El Hipnotismo, El Magnetismo y la Mediumnidad *científicamente demostrados,* por Arturo d'Anglemont, versión española por don Juan Juste. Extracto de las *Armonías Universales,* parte complementaria de la importante obra *El Fraccionamiento del Infinito.* 200 páginas en 4.°.	3	»
El Alma y sus manifestaciones á través de la historia, por Eugenio Bonnemère.—Obra premiada por la «Sociedad Científica de Estudios Psicológicos».—Ningún espiritista debe desconocer este importantísimo libro que tan alto colocó el nombre de su autor.—208 páginas en 4.° mayor..	3	»
Enciclopedia Espiritista. Tomos completos de la «Revista de Estudios Psicológicos» encuadernados en rústica, con portada, índice y cubierta especial; cada uno independiente de los demás, forma una verdadera enciclopedia de Espiritismo. Trabajos doctrinales de los espiritistas españoles más ilustrados; artículos de controversia; noticias del movimiento espiritista de todo el mundo; comunicaciones de ultratumba; literatura espiritista; reseñas de sesiones públicas y privadas, de experimentos prácticos, etc., etc. Volúmenes en 4.° mayor prolongado, buen papel.	5	»

INDICACIONES

Los pedidos deberán hacerse acompañando su importe en sellos, libranzas del Giro mutuo ó letra de fácil cobro á la orden de *José C. Fernández.—Barcelona.*

Se admitirán los billetes de Banco de todos los países por el valor á que se descuenten en Barcelona el día de su recibo.

Los paquetes que se expidan á cualquier punto de la Península serán francos de portes para el comprador, quien abonará solamente *veinticinco céntimos* por el certificado.

Cuando el pedido no llegue á *cinco pesetas* se acompañarán otros *veinticinco céntimos* para gastos de correo.

SILVA

En lóbrego pantano,
Inmóvil é infecundo,
Activo y vividor nació un gusano
Huérfano y sin ventura en este mundo.
Viviendo va en tristura;
Mas, con afán creciente,
El gusano infeliz va, lentamente,
Labrando el porvenir y la ventura.
Y quiso el cielo, al fin, que cierto día,
Diere muy grande salto
Y al caer de lo alto
Abriese unas alitas que tenía;
Y batiendo sus alas,
Emigró á otro país de eternas galas.
Plácida primavera, gayas flores
Matizadas de mil colores;
Murmurantes arroyos cristalinos,
Pajaritos que pían sus amores,
Engalanados con plumajes finos,
Dulces querellas, dichas y contento
Goza, al fin, el gusano de mi cuento.

. . . . . .

¡Oh juventud amada!
Vuelas, siempre animosa,
Tras de tus sueños de color de rosa;
Recuerdos de un pasado
O esperanza de un cielo
Que el trabajo ha de abrir con noble anhelo:
Trabaja en este lóbrego pantano
Para vivir, después, como el gusano.

Manuel Pareja Medina.

JÓDAR (JAÉN)

EVOCACIÓN

Carísimos: Nuestro celeste Padre, en su infinita misericordia, ha querido, para felicidad de las almas, no sólo que la vida suceda á la muerte, como á todo ocaso sucede un alba, sino que vida y muerte sean solidarias; solidaridad inquebrantable, por estar basada en ley tan sublime como la de la comunicación entre muertos y vivos, ó mejor aún, entre invisibles y terrenales.

Si grandiosa es esta ley cuando permite al que llora sobre la tierra la pérdida de un ser querido, recibir de éste inefables consuelos despertadores de todavía más inefables esperanzas; si magnífica es esta ley cuando deja al pensador vislumbrar en las regiones sublimes de la inmortalidad los mundos sucediéndose á los mundos, los soles á los soles, los cielos á los cielos, y en sus cerúleas regiones multitud de Espíritus con fluídricas vestiduras y arcangélicas alas llevando al Padre las oraciones de las humanidades planetarias y atrayendo sobre las humanidades planetarias las bendiciones del Padre, grandiosa y magnífica al par es esta ley cuando permite al invisible—al muerto, como decimos los humanos—leer en nuestro pensamiento como en abierto libro, descender á las profundidades de nuestra conciencia como desciende el buzo á las profundidades del océano, y sin apasionamientos, pero también sin atenuaciones del amor propio, del propio orgullo, que tan á menudo ofuscan nuestras facultades, no ya con silenciosas intenciones, sino con viriles acentos, poner de relieve nuestros defectos, nuestros vicios y nuestras pasiones, exhortándonos á la enmienda.

Este último aspecto de la ley de solidaridad, que permite al Espíritu libre convertirse en porta-voz de la conciencia del Espíritu aherrojado en la carne, es el más sublime, es el más trascendental de todos. Cuando el espejo denuncia á la bella que le interroga una excrecencia, una mancha que afean sus facciones, ¿tira acaso el espejo? No; se apresura á extirpar aquella excrecencia, á limpiarse aquella mancha, y conseguido esto, guarda cuidadosamente su espejo, al que en ninguna ocasión deja de consultar antes de presentarse en público.

Hermanos del espacio, ¡reflejad sobre nosotros la divina luz que os envuelve; veámonos á sus celestes reflejos en toda la desnudez de nuestra inferioridad; oigamos vuestro cariñoso y fraternal acento encarnando las silenciosas intuiciones de nuestra conciencia, y bendeciremos en vosotros al Padre celestial cuya infinita misericordia ha hecho del muerto el consolador inefable, el maestro cariñoso, el ángel tutelar del vivo!

Miguel Gimeno Edito



(Obtenida en el grupo LA PAZ)

MEDIUM M. C.

Pregunta.—¿Tiene el Espíritu encarnado conciencia de sí mismo? En caso afirmativo, ¿de dónde emanan ciertos actos de la vida, que parecen no conformarse con esta voluntad?

Respuesta.—El Espíritu tiene conciencia de sí mismo, de su existencia. Este es un axioma, y como tal, no puede ser demostrado. Entra en la razón humana con y por la luz de la evidencia. La conciencia del Espíritu respecto de sí mismo, es lo que el movimiento que ante vuestros ojos se efectúa. ¿Quién será bastante pertinaz para negarlo, cuando materialmente se está entrando por los ojos? Lo mismo digo de la conciencia del Espíritu en punto á su propia existencia. ¿Quién será bastante pertinaz para negarlo, cuando se está entrando en el Espíritu mismo por todos los medios é instrumentos del conocimiento?

La segunda cuestión es algo más ardua.

Sin embargo, creo que puede fácilmente resolverse. Hay actos que parecen no emanar de la voluntad única del Espíritu; es cierto. ¿De dónde emanan? De la inherente turbación de la vida de la encarnación. ¿Creéis que el Espíritu, cuando vuelve á la realidad de la vida de la encarnación, no siente obscurecida la inteligencia de las cosas, inteligencia que adquirió durante la erraticidad, ó durante la parcial emancipación subsiguiente al sueño? El cuerpo no es una voluntad, pero es un obstáculo á la plena voluntad del Espíritu. Pongamos un ejemplo: Habéis visto un magnífico paisaje, lo estáis viendo; pero de repente os echan uno, dos, tres, una multitud de velos que tapan vuestros ojos. ¿Tenéis conciencia del paisaje? Sí. ¿Podríais describirlo? En no pocas ocasiones. ¿Lo palpáis? No. Pues he aquí lo que os hace exclamar: Sé que existe un paisaje; sé que ha muy poco lo tenía ante mi vista; pero, como en este momento me hallo tapado de ojos, no sé si aquél se encuentra en mi presencia. Por eso no camino; porque recuerdo que en el paisaje, en uno de sus extremos, se abría la obscura boca de uno que debe ser profundo abismo. ¿Sé yo si al avanzar, colocaré el pie precisamente en aque-

lla abertura? ¿Sé si queriendo colocarme en medio del paisaje para disfrutar del camino, al arrancarme estos tupidos velos que me cubren, no me encontraré en lo más profundo del abismo? El paisaje es la parte hermosa, encantadora de la vida ultra-terrena; el abismo es la parte desagradable, triste, aquella á la cual llegamos por el camino del pecado. El hombre, con los ojos velados, es el Espíritu encarnado: sabe que existe la vida de ultra-tumba, sabe que es un magnífico paisaje; pero sabe que existe también en ella un profundo abismo. Lo que ignora es una cosa esencial: si todos los actos, si su vida toda le hace digno del paisaje y no del abismo. He aquí porqué, teniendo conciencia de sí mismo, de la vida extra-corporal y de las excelencias de ésta, teme sin embargo á la muerte durante la vigilia de la vida corporal.

No sé si habré tenido la fortuna de satisfacer vuestras dudas con la precisión que deseo; si así no es, presentadme vuestras observaciones, y me esforzaré en resolverlas tan bien como sepa y pueda.

Tened fe y valor en la inquisición de la verdad; es lo que en mi concepto os falta.

Siempre vuestro amigo y hermano, que aplaude con ambas manos á España

ALLAN KARDEC.

MISTAGOGISMO

Entre los dogmas y misterios cristianos, los hay de diversas clases:

Incomprensibles é irracionales: la creación ex-nihilo, Dios exterior al universo y antropomórfico en lo imperfecto, las tres personas de la Trinidad, la Fe ciega y los milagros que son irreligiosos, anticientíficos, perturbadores del orden, solidaridad y fijeza de las leyes...

Inmorales y ultrajantes para la Divinidad: el pecado original, la redención por la sangre de otro ó de un justo, la encarnación de Dios, la Virgen-Madre, la Inmaculada, el infierno y demonios eternos.

Este último dogma es contrario á la unidad y esencia universales, textos de las escrituras, leyes de libertad, progreso y reencarnación...

Inmorales y ultrajantes para la dignidad humana: los votos eternos, la infalibilidad papal, la absolución por el poder de atar y desatar y otras paparruchas...

En resumen: todo lo que atrasa, cercena, anula ó contradice los atributos de Dios ó la universalidad de las leyes eternas, es falso.

Si la Ciencia y Filosofía se subordinan á estos dogmas absurdos y la Libertad á la dirección perpetua de los mismos, las tres resultarán fábulas interesadas y engañosas que anulan el progreso y razón autónomos de los creyentes en los mistagogos simoníacos, más preocupados por los bienes terrestres que por los celestes, aunque las palabras digan otra cosa.

CH. FAUVETY, *Théonomie.*



Nuestro estimado amigo y consecuente correligionario D. Manuel Serrano, acaba de experimentar la dolorosa prueba de la desencarnación de su primer hijo, ocurrida en Frailes (Jaén) el día 14 de Agosto último. La mejor fórmula de consuelo que podemos dedicar al atribulado amigo es copiar alguno de los párrafos de la carta que nos escribe dándonos la triste nueva. Dice: «Mi hijo de mi alma voló á la santa vida, á la verdadera, á la mansión en que el Ser debe reconocerse y explicarse el por qué de esta angustiosa vida terrena; voló á la vida espiritual. Sólo una creencia racional, basada en lo positivo, en lo que no puede dejar de ser, una creencia que le enseñe al hombre que nada tiene, que nada le pertenece, que todo es de Dios; sólo una creencia así puede salvar de la locura ó del suicidio en casos como éste. Yo tenía mi vida toda reconcentrada en mi hijo, que era mi esperanza, mi felicidad, mi gloria. Mi alma destrozada, sólo por la fe de mis creencias se sostiene. ¡Hijo mio! Sé que estás en la vida verdadera, que piensas y sientes como cuando yo te acariciaba, sé que vives y que por tu angustiado padre que tanto te ama debes velar...»

Cuando así se siente y se piensa ya está vencida la desesperación, la calma renace en el ser y la corriente fluídica entre el encarnado y el desencarnado queda establecida. El espíritu del que fué idolatrado hijo de nuestro amigo, bañándose en el éter purísimo de las armonías siderales, irá á confundirse en abrazo fluídico con su padre, en quien hará repercutir algo de la dicha que su nueva vida le proporciona. El amor funde las almas, y lo que llamamos *muerte* es una valla insignificante que no alcanza á entorpecer el comercio de los seres que se aman. Sólo la materia grosera se resiente al brusco golpe de una separación carnal; pero á la matèria se la domina con un esfuerzo de voluntad, y este recurso lo poseen los espiritistas que como D. Manuel Serrano saben pensar y sentir en la forma que dejamos expuesta.

Nuestra enhorabuena al espíritu desencarnado.

***

En el mes de Julio último ha desencarnado en Tarrasa D.ª Mercedes Elías, madre de nuestra ilustrada hermana en creencias señorita Josefa Sal-lari.

Al acto del sepelio, que se realizó civilmente, asistió numerosa concurrencia de espiritistas, librepensado-

res y demás elementos liberales de la industriosa ciudad, prueba de las muchas simpatías que allí goza la simpática familia Sal-lari.

En el cementerio hizo uso de la palabra un conocido republicano ensalzando las excelencias del librepensamiento y manifestando que si bien no era espiritista, admiraba las virtudes de los que profesan esta idea, á quienes exhortó para que siguieran las huellas del hombre honrado, del hombre de bien que les dirige y serían como hasta ahora el consuelo del desvalido.

Reciban la Srta. Sal-lari y su familia, con tan triste motivo, el sentimiento de nuestra consideración y afecto; y el espíritu de D.ª Mercedes nuestros votos por su eterno progreso.

***

Ha desencarnado en Málaga la amantísima esposa de nuestro amigo D. Teodomiro Tello de Meneses, quien siendo ilustrado y convencido espiritista, sufrirá con resignación la dolorosa prueba que acaba de experimentar con la separación de tan querida compañera, á la que deseamos un feliz despertar en el mundo de la vida espiritual.

EL DOLOR

Cuando consideramos de qué suerte el dolor engrandece nuestras almas, no podemos dejar de bendecir al dolor. Por un misterio de nuestra naturaleza, aquello que á primera vista nos rebaja más, en realidad nos engrandece. El dolor que huimos es la ley misteriosa de nuestra existencia, como un bálsamo que conserva puras todas nuestras virtudes. Desconfiemos mucho de los que se sienten contentos y felices en esta tierra: esos infelices no han sentido la aspiración divina á una vida mejor; no han soñado en lo celeste y en lo infinito; no guardan un ideal en su conciencia y no ven como de ese ideal se aparta la fría y tosca realidad.

En la contradicción, en la lucha constante entre ese mundo real y el mundo que fingimos, entre esta vida transitoria y esa otra vida cuyas riberas son la eternidad, entre la idea pura de la conciencia y el hecho impuro que se realiza fugazmente en el espacio, entre la imperfección que vemos y la perfección que soñamos; en esa contradicción, en esa lucha constante, está encerrado el enigma de nuestra grandeza, el genio de nuestras artes, el numen divino de la conciencia.

Anda, hombre, anda; ¡pobre peregrino! La naturaleza no se somete á tu voz sino protestando contra tu dominio en sus mil embravecidos elementos; la ciencia no desciende á tu frente, sino después de haberse escondido en impenetrable nube; la misma virtud no te sonríe, si no combates por ella; cada hoja de nuestra corona cuesta un sacrificio; cada resplandor de ciencia que ves, días muy amargos; cada suspiro de libertad que alcanzas, millares y millares de generaciones, y, sin embargo, ese dolor que te precede y te sigue y que agita sus alas sobre tu cuna y tu sepultura, que está mezclado como aligación necesaria á todas las grandes obras; ese dolor que gime en tus arpas, en tus cinceles, en tus plumas, en todos los instrumentos de tu grandeza, ese dolor infinito, es el ángel de Dios que siembra de flores el camino de tu vida y que te muestra sonriendo la mansión divina de los cielos.

EMILIO CASTELAR.



Causas bien ajenas á nuestra voluntad y deseo impiden publicar en este número el retrato de Alverico Perón, conforme habíamos anunciado y correspondia siguiendo el orden que tenemos establecido. Lo publicaremos cuanto antes. En su lugar damos hoy el del Maestro Allan Kardec.

***

La colaboración de la REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLOGICOS cuenta desde el presente número con el concurso de los ilustrados correligionarios D. Víctor Ozcáriz y D. Manuel Pareja Medina, cuyos trabajos, que agradecemos, no dudamos leerán con gusto nuestros suscriptores.

***

Accediendo á reiteradas indicaciones de los Suscriptores á la Biblioteca, que desean ver cuanto antes terminada la publicación de la obra *Una Excursión por el Infinito*, desde este mes se repartirán dos pliegos de la misma, suspendiendo, en tanto avanza dicha obra, la impresión de «La Ciencia Espírita».

También empezaremos á publicar cuanto antes la obra del Sr. Vizconde de Torres Solanot «La Medium de las Flores», que alternará con «Historia Crítica del Gnosticismo, de Navarro Murillo, resultando que la BIBLIOTECA ESPIRITISTA tendrá cinco obras en curso de publicación.

Creemos que nuestros abonados verán con gusto estas combinaciones que estudiamos y llevamos á la práctica con el único fin de complacer á todos y dar importancia á la publicación.

***

Merece un aplauso el «Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos» por su iniciativa en la celebración del banquete espiritista que ha de tener lugar el día 8 del mes próximo en conmemoración del 38º aniversario del auto de fe de libros espiritistas que tuvo lugar en los glacis de la Ciudadela de Barcelona (hoy convertidos en hermoso parque) el día 9 de Octubre de 1861.

Los organizadores de tan simpático acto llevan realizados importantes trabajos para que la fiesta resulte brillante. A la hora en que escribimos han conseguido que el opulento banquero D. Manuel Arnús haya cedido gratis el hermoso Teatro Lírico, en cuyos elegantes jardines tendrá lugar el banquete. Próximo á desaparecer este teatro, de ninguna manera más noble y digna puede terminar su artística y gloriosa vida que confiándose á los espiritistas y brindándoles los delicados perfumes de la espléndida vegetación de sus jardines.

LA REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS se ha adherido con entusiasmo á esa

fiesta, nombrando para que la represente en el seno de la Comisión organizadora á su redactor don Vicente Martínez.

Veríamos con sumo gusto que todos nuestros correligionarios y amigos, aun aquellos que no acostumbran á prodigarse en actos públicos, tomaran parte en esta manifestación, para que el número y la calidad de los reunidos impusiera el debido respeto al público indiferente y el pudor del silencio, si es que lo tengan, á los sicarios del clericalismo.

***

Acaba de publicarse:

CRISTIANISMO Y ESPIRITISMO

Las vicisitudes del Evangelio;
La Doctrina Secreta del Cristianismo; Relaciones con los espíritus desencarnados;
Alteración y decadencia del Cristianismo;
La Nueva Revelación;
La Doctrina de los Espíritus; Transformación

POR LEÓN DENIS

Un volumen de 420 páginas texto francés. **2 fr. 50**

Próximamente publicaremos un juicio crítico de tan importante obra, de la cual hemos recibido un ejemplar con cariñosa dedicatoria de su autor.

EL TEMBLOR DE TIERRA

POR

SALVADOR SELLÉS

Constituye este importante libro, el volúmen III de la *Biblioteca Selecta* de LA REVELACIÓN, de Alicante, el cual forma un precioso poema descriptivo y filosófico inspirado en la terrible catástrofe de los terremotos de Andalucía en Diciembre de 1884.

Se compone de más de 90 páginas y vá exornado con el retrato y firma autógrafa de su autor y precedido de la biografía del mismo y un interesante prólogo.

Precio UNA PESETA

EL TEATRO ESPIRITISTA

POR

MIGUEL GIMENO EITO

Componen esta obra, que consta de más de 300 páginas y es el volúmen II de la *Biblioteca Selecta* de LA REVELACIÓN, los tres dramas siguientes precedidos de un hermoso Prólogo y una bien escrita Introducción:

LOS MUERTOS HABLAN, en un acto y en verso.

ALAS Y CADENAS, en tres actos y un epílogo, original y en prosa.

CÓMO SE VENGAN LOS SOLES, en tres actos, original y en verso.

Precio: 2'50 PESETAS

Tipografía de VDA. ROVIRA, calle de la Puerta-ferrisa, 19.—BARCELONA

INSTRUCCIÓN

Desde cualquier punto de España y del Extranjero pueden pedirse suscripciones de la REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS y de la *Biblioteca Espiritista,* remitiendo su importe en sellos de correo, libranzas del Giro Mutuo, letras de cambio, billetes de Banco ú otra clase de valores de fácil cobro, dirigiendo las cartas en la siguiente forma:

Sr. Administrador de la

Revista de Estudios Psicológicos

CÓRTES, 209, Pral.

Barcelona.

Los giros se extenderán á la orden de

D. JOSÉ C. FERNANDEZ

Se admitirán billetes de Banco de todos los países por el valor del cambio que obtengan en Barcelona el día de su recibo.

Conviene certificar las cartas que contengan valores para evitar extravíos en correos.

PRECIOS:

Suscripción á la REVISTA, 5 pesetas al año.

Suscripción á la BIBLIOTECA, 5 pesetas.

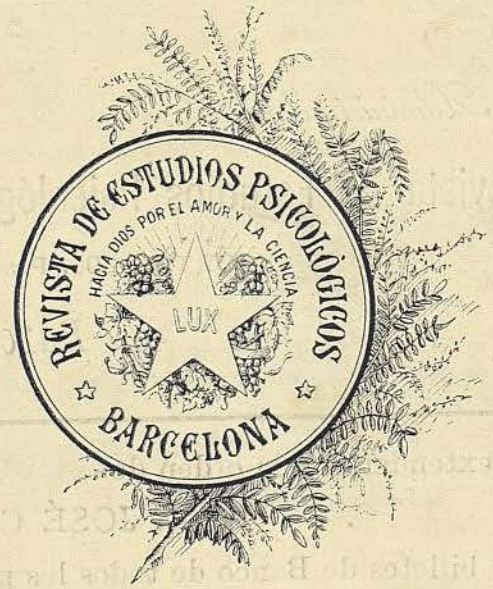
LAS DOS SUSCRIPCIONES REUNIDAS, 9 ptas. **Extranjero, 15 francos.**

PAGO ADELANTADO

Los pedidos de suscripciones y toda la correspondencia se dirigirán á la Administración,
Córtes, 209, pral. — BARCELONA

Pídase el Catálogo completo de Obras Espiritistas, publicado por la « Revista de Estudios Psicológicos. »

Se remitirán números de muestra de la «Revista» y «Biblioteca» á quien los pida.


REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
HACIA DIOS POR EL AMOR Y LA CIENCIA
LUX
BARCELONA